TEATRO CÓMICO.

ENTRE UN MUERTO Y UN VIVIENTE.

E. M. R.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

ENTRE UN MUERTO Y UN VERDUGO.

[22]

ENTRE UN MUERTO Y UN VERDUGO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ESCRITO EN PROSA, IMITACION DEL FRANCÉS,

POR

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.

EUGENIA.	ENRIQUE.
LUISA.	DON PANTALEON.
ANASTASIA.	PASODOBLE, bailarin.

La accion pasa en Madrid.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la coleccion de piezas, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Comedor de la casa de D. Pantaleon.—Aparador, mesa, etc. Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA y ANASTASIA.

ANAST. Pues lo que le digo á usted, señorita; no se puede ir á la plazuela porque le sacan á una los ojos de la cara.

EUG. Bien, basta.

ANAST. Á peseta querian esta mañana por cada huevo.

EUG. Habrá epidemia de gallinas.

ANAST. Y de conejos, por eso se muere tanta gente y dicen que hay tan mala cosecha. Mire usted el pobrecito de mi padre, allá en el pueblo, que tenia su yunta y su labor; pues sabe usted lo que ha pasado? que las mulas se han comido la tierra y mi padre ha tenido que comerse las mulas.

EUG. Qué atrocidad!

ANAST. Y si esto sigue nos tendremos que comer unos á otros. Vaya! lo ha dicho la cacharrera, que lee todos los domingos el *Cascabel*.

EUG. Bien, bien, toma los diez reales que has puesto sobre

lo que te dí anoche y calla. (Saca un porta-monedas del bolsillo y al mismo tiempo se le cae una carta.)

ESCENA II.

ANASTASIA.

Como estas amas no son *destruidas* en cuanto tiene una un poco de *acatus*, (Indicando la frente.) toman la *desterminacion* de mandarla á una callar. Y lo siento, porque, lo que es lengua, ¡bendito sea Dios! tengo tanta como *qualesquiera*, y primero me ahorcan que encerrar yo el mirlo en la jaula. (Reparando en la carta que dejó caer Eugenia.) Qué es esto? Una carta—se le habrá caido al escribiente del amo.—Y na más—será para la señorita, porque la señorita y el escribiente.—Miste si yo fuera curiosa... y si supiera leer. (Guardándosela en el pecho.) Al almacen general.—Luégo se la daré.

ESCENA III.

EUGENIA, despues ENRIQUE.

EUG. (Sale preocupada y buscando.) Pero Dios mio, si la tenia yo en el bolsillo hace un momento! En dónde habré dejado caer esta carta que tan graves consecuencias puede tener para mí. Si mi hija política ó mi esposo la encontrasen formarian montañas con un grano de arena y comprometerian tal vez mi felicidad.—Revolveré todo para...

ENR. Busca usted algo, señora?

EUG. Sí, la cómoda... (Distraidamente.)

ENR. Cómo! ahora se pierden las cómodas como los alfileres?

EUG. La llave de la cómoda he querido decir.

ENR. Pues ya parecerá, ó mejor dicho, yo la buscaré...

EUG. Gracias, gracias, no merece la pena de que perdamos el tiempo, voy á ocuparme del almuerzo, porque hoy tenemos un convidado.—Hasta luégo, Enrique.

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Señora... Y pensar que estando en la flor de su vida se ha casado con un viudo que tiene una hija encantadora! El viudo y la hija pueden pasar, pero no el génio, y el de su marido es el más arisco y el más insoportable de cuantos existen. Faltándole palabras expresa sus penas á puntapiés, y sus alegrías á puñetazos. Cada emocion suya es un motin, cada crisis una batalla campal. Desgraciadamente sólo se desahoga conmigo, que locamente enamorado de su hija aguanto este suplicio con la resignacion de un mártir.—Ó perder al objeto de mi pasion ó sufrir los golpes de mi verdugo.—Hé aquí el dilema.—Pero qué me importa un chichon más ó ménos en el sombrero; si puedo decir todos los dias á Luisa: Encanto mio, luz de mis ojos... (Cuando está diciendo estas frases con acento apasionado, D. Pantaleon se acerca por detrás y le da cuatro ó cinco puñetazos en el sombrero.)

ESCENA V.

ENRIQUE, D. PANTALEON.

PANT. Heredero! heredero! heredero! (Como hablando consigo mismo.)

ENR. Ay! Ay! Ay!—Basta, basta.

PANT. Enrique, dispénseme usted. (Con naturalidad.)

ENR. Á buena hora! (Sacándose el sombrero.)

PANT. Acabo de heredar la fortuna de un viejo con quien he estado jugando al tresillo durante doce años consecutivos en el café de Levante; y estoy muy contento, muy contento. (Se pasea frotándose las manos, y al pasar cerca de Enrique le da un puntapié.)

ENR. Ay! señor don Pantaleon, esto es demasiado!

PANT. Tiene usted razon, pero escribiente como usted, de un procuradar que ha dejado de existir, sufrir tratamientos tan rudos y tan inmerecidos á su lado, que contraje la costumbre de pagar en la misma moneda á todos mis dependientes.

ENR. Por via de desagravio.

PANT. Y para adquirir cierta elasticidad gimnástica que me hace falta. (Haciendo flexiones.)

ENR. Haga usted esas flexiones contra la puerta.

PANT. Todo esto no impide que estemos unidos por una secreta simpatía.

ENR. (La simpatía de los puntapiés.)

PANT. Nos conocimos en Aranjuez; acababa usted de llegar de América, en donde la suerte no le sonreia...

ENR. (Y de Alicante, en donde acababa de sucederme una aventura que me hizo cambiar de nombre.)

PANT. Nos sentamos á la mesa. Sirvió usted una pata de pollo á Luisa, un pedazo de turron de Jijona á mi mujer, hablamos á los postres de la decadencia del ganado de lana, y ya no nos separamos. Nos unia un secreto iman.

ENR. (Los ojos de Luisa.)

PANT. Yo encontré en usted una buena pluma...

ENR. (Y yo en usted un buen puño.)

PANT. De modo que mi bufete ganó un ciento por ciento.

ENR. (Limpiando el sombrero.) Y mi sombrero tambien. (Enseñando el sombrero.)

PANT. Parece un bombo.

ENR. Tales redobles le da usted.

PANT. Otra vez, cuando esté de buen humor...

ENR. Le traeré á usted un mozo de cordel, para que le caliente usted las costillas.

PANT. Já... já... já... Que buena ocurrencia. (Le da un puntapié.)

ENR. Ay!

PANT. Es que me ha hecho gracia.

ENR. Pues á mí no.—Parece que tengo una chimenea francesa debajo de los faldones de la levita.—Tiene usted que mandarme algo?

PANT. Que lleve usted esas escrituras á sus respectivos dueños... y que no se dé usted prisa, porque vamos á almorzar con un amigo que llega hoy de Alicante.

ENR. De Alicante! (Asustado.)

PANT. Se pone usted malo?

ENR. No... es que tengo frio.—(Con voz sombría.) (¡De Alicante!

PANT. Le guardaré á usted un plato de fresa. (Está pasada.) —Voy á dar los buenos dias á mi mujer.—Y una copita de Jerez. (Está agrio.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

No puedo remediarlo... la palabra *Alicante* me da calofrios. Me parece que aquel desdichado va á levantarse y á gritar. «Á ese, á ese, cójanle ustedes » (Dejándose caer sobre una butaca en que está su sombrero.) (Con abatimiento.) Ah! (Levántandose con viveza.) Ay! mi pobre sombrero. Pero señor, es fuerte cosa que todo lo ha de pagar este cubre cabezas.—Cá! si ya no es más que una pasa de Málaga.—De fijo me silban los chicos en la calle.—Vamos á llevar las escrituras... Y sin ver á Luisa!— Ay! amor, amor, y qué blandas me pones las espaldas!

ESCENA VII.

D. PANTALEON, EUGENIA.

PANT. Te digo que no busques nada...

EUG. Pero si he perdido la cuenta de la modista...

PANT. Mejor, así tardaremos más en pagarle esa máquina de guerra que ahora se llama *polison*. Eugenia, estoy muy disgustado. (Coge una silla y la tira.)

EUG. Y por eso me rompes las sillas?

PANT. Si estuviera mi escribiente le daria un puntapié; pero como no está destruyo mi moviliario. Eugenia, hoy lle-

ga mi acreedor.

EUG. Ese bailarin retirado á quien cayó la lotería hace dos años?

PANT. El mismo; tuvo la feliz ocurrencia de prestarme doce mil duros al siete por ciento, y aunque acabo de heredar una fortuna más que regular, no puedo devolver la referida suma sin grave detrimento de mis negocios. En vista de esto he tenido una idea luminosa que lo arregla todo, y estoy muy contento. (Tira el velador.)

EUG. (Levantándolo.) Por Dios, Pantaleon.

PANT. Te digo que he encontrado el medio de saldar mi cuenta sin pagar un céntimo.

EUG. Y qué medio es ese?

PANT. Ahora vas á saberlo. (Llamando.) Luisa?

ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Buenos dias, papá.

PANT. Te he llamado para decirte que tienes diez y siete años y veintitres dias.

LUISA. Ya lo sé.

PANT. Te he dado una excelente educacion. Eres fina, laboriosa y resignada.

LUISA. Sí, papá.

PANT. Pues bien, he pensado en asegurar tu suerte.

LUISA. De qué modo?

PANT. Casándote con don Diego Pasodoble.

LUISA. Jámas!

EUG. Niña!

PANT. Esa contestacion te honra y prueba la excelente educacion que has recibido.

LUISA. Pero unirme á un bailarin ¡retirado!

PANT. Así estareis bailando todo el dia.

LUISA. Le digo á usted que no me casaré jamás con ese hombre. (Sentándose con mal modo.)

PANT. Esa es otra prueba de la excelente educacion que has

recibido.

LUISA. (Llorando.) Me moriré primero.

PANT. Llora, hija mia, eso es de muy buen tono Tu madre lloró, Eugenia lloró, todas las muchachas lloran ántes de casarse.

LUISA. Pero si aborrezco á Pasodoble.

PANT. Le aborreces?—muy bien, ese disimulo me agrada.

LUISA. Cómo disimulo!

EUG. No puede explicarte más claro...

PANT. Que le ama, Eugenia, que le ama. La buena educacion de nuestra época nos obliga á decirlo todo al revés.

LUISA. Pues yo sostengo que no hay tal fingimiento, y que no me caso con Pasodoble. (Dando golpes en el suelo con los piés.)

PANT. Con Pasodoble y con paso triple si me da la gana. ¡Caramba! ya se me va subiendo la mostaza á las narices. (Da un puntapié á Enrique, que entra.)

ESCENA IX.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Ay!

LUISA. Papá! (Reconviniéndole.)

ENR. Está usted contento ahora?

PANT. No, estoy de mal humor, y ha llegado usted en el momento oportuno.

ENR. Dígamelo usted á mí. (Estoy viendo estrellitas.)

PANT. Voy á buscar ciertos documentos que harán falta, caso de extenderse hoy el contrato de boda.

EUG. (Si encontrase mi carta!) Espera, voy contigo.

ESCENA X.

ENRIQUE, LUISA.

LUISA. Mamá... (Queriendo seguir á Eugenia.)

ENR. En nombre del cielo no se marche usted tan pronto.

LUISA. Enrique... (Turbada.)

ENR. Dígame usted de nuevo que me ama, que siente lo que sufro en esta casa.,.

LUISA. Oh! sí, Enrique, le amo; y la rudeza que con usted tiene mi padre me parte el corazon, pero somos muy desgraciados.

ENR. Qué nuevo peligro nos amenaza?

LUISA. Quieren casarme con un ex-maestro de baile que llega hoy de Alicante.

ENR. De Alicante! Nombre fatídico! orígen de mis desgracias, Alicante!

LUISA. Yo me opondré con todas mis fuerzas á contraer un enlace que tanto me desagrada, pero el carácter dominador de mi padre hará inútil mi resistencia.

ENR. Y se casará usted?

LUISA. Yo?... Hable usted á mi madre política, á papá... á todo el mundo. Á usted le toca salvarme del peligro que me amenaza... Adios...

ESCENA XI.

ENRIQUE, despues D. PANTALEON.

ENR. Conque es decir que mi horrendo suplicio no servirá de nada! Que los golpes serán para mí, y el premio para otro!! ¡En Madrid el tormento... en Alicante el crímen; por el dia el amor... por la noche el remordimiento... Oh! no puedo más, esta lucha moral me costará la vida. (Se deja caer sobre una butaca ocultando la cabeza entre las manos.)

PANT. (Sale con varios legajos de papeles en la mano.) Nada, nada, no encuentro los documentos que busco... (Tira con fuerza los legajos, que caen sobre Enrique. Este se levanta sobresaltado.)

ENR. Ay!

PANT. Dispense usted, estaba aburrido.

ENR. Muy lejos de enfadarme, deseo que acabe usted su obra, que me desmorone usted, que me pulvorice de una vez.—No quiero vivir más.

PANT. Está usted en su juicio?

ENR. No, señor, estoy fuera de él, corro por los cerros de Úbeda en direccion de Leganés... Voy á escribir dos líneas al único pariente que me queda, y vuelvo para que me aplaste usted como una hormiga.—Lo oye usted.—como una hormiga... (Se marcha precipitadamente, tropezando con D. Diego, que entra en aquel momento.)

ESCENA XII.

D. PANTALEON, D. DIEGO.

DIEGO. Ay! qué huracan es este!

PANT. Mi nuevo escribiente... Un chico que tiene ideas estrambóticas... Llegas de Alicante?

DIEGO. Sí.

PANT. Y qué tal el viaje?

DIEGO. Muy mal, porque no hay mayor tormento para mí que el de llevar las piernas encogidas. (Hsce piruetas.) Necesito moverme, brincar...

PANT. Resabios de tu antigua profesion...

DIEGO. (Haciendo una figura de baile.) Precisamente; no puedo acostumbrarme á la inaccion. Mira qué vals he inventado. (Valsa derribando todo.)

PANT. Para, para.

DIEGO. (Quedándose con un pie en el aire.) Sabes que vengo á buscar los doce mil duros que me debes?

PANT. (Ya pareció aquello.) Pues estoy dispuesto á liquidar contigo.

DIEGO. (Haciendo batimans.) Bueno, bueno, bueno.

PANT. Pero, hombre, siéntate, me mareas.

DIEGO. Dame los doce mil duros.

PANT. Un momento... voy á pagarte... y no voy á pagarte.

DIEGO. (Haciendo un molinete.) Cáspita!

PANT. Vas á comprenderme. Conoces á mi hija?

DIEGO. Sí.

PANT. Pues bien; Diego, quieres ser mi yerno?

DIEGO. (Haciendo otro molinete.) Caspitina!

PANT. No des más vueltas y contesta categóricamente. Luisa

te ama.

DIEGO. Eh!

PANT. Y tú la adoras.

DIEGO. Yo?

PANT. Lo he conocido hace tiempo, de modo que el disimulo es inútil.

DIEGO. Pero hombre...

PANT. No tengo más heredero que Luisa, y ya conoces mi fortuna: tres quiebras sucesivas la han aumentado horrorosamente en estos últimos tiempos. Ademas un ex-tendero de ultramarinos con quien he estado jugando al tresillo durante doce años en el café de Levante, acaba de morir dejándome todos sus bienes.

DIEGO. Generoso tresillista.

PANT. Sí, amigo mio, todos sus bienes, siempre que no los reclame en tiempo hábil un sobrino suyo, natural de Cádiz, que desapareció de aquella poblacion el año sesenta y tres.

DIEGO. Pues entónces adios mi dinero.

PANT. Nada de eso, porque he averiguado que el tal sobrino ha muerto.

DIEGO. En dónde?

PANT. En Cochinchina.

DIEGO. De qué?

PANT. De resultas de una cornada que le dió un toro de Concha y Sierra.

DIEGO. Hombre! en Cochinchina un toro de...

PANT. Andaria huido...

DIEGO. De modo que eres inmensamente rico.

PANT. Voy á prestar dinero al gobierno.

DIEGO. Pues entónces me caso con tu hija, no por su hermosura, sino por sus peluconas... digo; no por sus peluconas, sino por su hermosura...

PANT. Comprendido, comprendido; y yo te tomo por yerno, no por tu mérito, sino por lo que te debo: digo, no por lo que te debo, sino...

DIEGO. Comprendido, comprendido tambien.—Este casamien-

to nos honra á los dos, y á mí me da cierta flexibilidad en las piernas... tararara-trara-ra-ra... (Bailando una polka.)

PANT. Yo tambien estoy muy contento, muy contento. (Le da un puntapié.)

DIEGO. (Deteniéndose.) Ay!

PANT. No hagas caso.

DIEGO. Esa franca explicacion me satisface por completo. (Le voy á pegar otro puntapié de mi flor.) (Hace un molinete con una pierna y da un puntapié á D. Pantaleon, que está vuelto frotándose las manos.)

PANT. Ay!

DIEGO. Dispénsame, tampoco he querido ofenderte, sino que cuando empiezo à bailar siempre lanzo un puntapié al aire.

PANT. Pues este no ha sido al aire. (Me escuece como lumbre.), pero esa franca explicacion tambien me satisface por completo.

DIEGO. Entónces no hablemos más. (Dando una vuelta sobre sí mismo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, EUGENIA, LUISA.

EUG. Qué es eso, hay títeres en casa?

PANT. Nada de títeres. Los saltos que habeis visto expresan la alegría de Diego, que acaba de pedirme la mano de Luisa.

DIEGO. Dispensa, tu...

PANT. No hay tu, tu, tu que valga, la amas, te ama, os amamos, y por lo tanto es negocio concluido...

LUISA. (Dejándose caer sobre una silla y llorando.) Oh! esto es demasiado.

PANT. Ahí tienes la satisfaccion que le ha producido la noticia. Está llorando de alegría.

DIEGO. Pues á mí me parece...

PANT. Te parece mal, en mi familia somos así; lloramos cuan-

do somos felices, y reimos cuando nos duele algo.

EUG. Y se ha divertido usted mucho en Alicante?

DIEGO. Ni pizca: he estado á punto de no volver.

PANT. Cómo que has estado á punto de no volver?

DIEGO. Es una historia sombría.

PANT. Sombría?—Levántate, niña, que tu novio va á contarnos una historia sombría.

DIEGO. Han de saber ustedes, que cuando voy á Alicante paro en casa de un primo mio, capitan retirado. Al dia siguiente de mi llegada, dormia yo tranquilamente cuando á eso de las seis de la mañana, entra mi primo en mi cuarto y dice: Pasodoble, es necesario que me sirvas de padrino.—Cómo! te bates?—Á muerte.—Yo quise oponerme, pero todo fué en vano, y accedí á sus ruegos.

PANT. Noble corazon; ¿no es verdad, hija mia?

LUISA. Sí, papá.

DIEGO. La causa del desafío era gravísima. La víspera por la noche, un jóven forastero que estaba jugando al billar en el mejor café de la poblacion, hizo una magnífica carambola, tomando por mingo la nariz de mi primo. Este le desafió á muerte, porque siendo militar retirado no podia obrar de otro modo.

PANT. Noble corazon tambien.

DIEGO. Llegamos al terreno; el arma elegida era la pistola...

PANT. Lo que nos cuentas es conmovedor. ¿Te conmueves, Eugenia?

EUG. Sí, hombre, sí.

PANT. Prosigue, nos conmoveremos todos.

DIEGO. Se colocan los adversarios á quince pasos de distancia, me separo, y... ¿os lo confesaré?

PANT. Confiesa lo que te de la gana.

DIEGO. Empiezo á temblar como un azogado.

PANT. Oh! Corazon valeroso. Temblaba de entusiasmo.

DIEGO. No, temblaba de miedo.

PANT. Esa franqueza te honra.

DIEGO. Tira mi primo y no toca á su adversario; baja este la

pistola entónces y exclama disparando:—Le perdono á usted la vida.—Sale el tiro y yo caigo...

PANT. Muerto?

DIEGO. No.

EUG. y LUISA. Herido?

DIEGO. Tampoco. Caí desmayado sin poderlo remediar.

PANT. Oh! pues si fué sin poderlo remediar!...

DIEGO. Cuando recobré los sentidos, me dijeron que el jóven, creyéndome mortalmente herido, se habia marchado de Alicante para evitar las pesquisas de la policía.

PANT. De modo que no le has vuelto á ver?

DIEGO. No; pero sé su nombre, y no hay noche que no sueñe con él, de tal manera se me quedaron grabadas sus facciones.

ESCENA XIV.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Aquí me tiene usted dispuésto...

DIEGO. Qué veo! (Reparando en Enrique.)

ENR. Cielos!

DIEGO. El jóven de Alicante!

ENR. Mi víctima!!

DIEGO. Sosténganme ustedes. (Cae desvanecido sobre una silla.)

ENR. Agua... agua... (Cae desvanecido sobre otra silla.)

LUISA. Socorro...

EUG. Anastasia. (Llamando.)

PANT. Que traigan ajos, vinagre, todo lo que haya en la cocina.

ENR. En dónde estoy? (Volviendo.)

DIEGO. En dónde me encuentro? (Id.)

ENR. Ah! no es un sueño! Se ha escapado del cementerio.

PANT. Qué cementerio ni qué calabazas, si no le tocó usted al pelo de la ropa siquiera.

DIEGO. Ni al del sombrero tampoco.

ENR. Fué todo una ilusion óptica. Ah! caballero, qué peso tan grande se me quita de encima. He soñado con el

muerto, es decir, con usted, durante tres meses.

DIEGO. Lo mismo me ha pasado á mí.

PANT. Pues ahora sólo hay motivo ya para regocijarnos y almorzar con buen apetito.—Voy á subir vino añejo de la bodega. (Se marcha.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos PANTALEON.

ENR. El encuentro no ha podido ser más singular.

DIEGO. (Haciendo un batiman.) Ni más feliz.

LUISA. (Ap. á Enrique.) (Sepa usted que este es el hombre con quien quieren casarme.)

ENR. (Asombrado.) (Este!!)

EUG. Niña, ve á sacar los postres.—Vuelvo al punto, señor don Diego.

ESCENA XVI.

ENRIQUE, DIEGO.

ENR. Este!! (Mirándole de soslayo: dándole una palmace en el hombro.) Caballero, tenemos que hablar.

DIEGO. Todavía duda usté que esté vivo?

ENR. No, señor, y siento mucho...

DIEGO. Gracias, no necesita usted disculparse...

ENR. Déjeme usted concluir.—Siento mucho no haberle á usted dejado en el sitio.

DIEGO. (Haciendo un batiman.) Caspitina!

ENR. He vivido tres meses entre su sepulcro de usted y los puntapiés de don Pantaleon, entre *un muerto y un verdugo*. Resucita usted de pronto, y cuando por fin voy á respirar libremente, averiguo que ha salido usted del ataud para disputarme la mano de Luisa, por la cual he sufrido toda clase de humillaciones. Como usted comprenderá, esta situacion no puede durar, y es necesario que mañana mismo ó usted ó yo dejemos de existir.

DIEGO. Vuelvo. . (Queriendo irse.)

ENR. Á las siete de la mañana le espero á usted detrás del campo santo de San Isidro.

DIEGO. Gracias, gracias—renuncio generosamente á la mano de Luisa, señor de Contreras...

ENR. Puesto que no ha muerto usted, como he creido hasta hoy, vuelvo á llevar mi verdadero nombre. Me llamo Enrique Tendido.

DIEGO. Tendido! y es usté pariente de un tendido?...

ENR. De la plaza de los toros? No, señor.—No tengo más pariente que un tio, extendero de ultramarinos, que no me ha querido nunca, y á quien no me he atrevido á visitar aún por la maldita aventura de Alicante.

DIEGO. (Adios la herencia de Pantaleon! Voy á decirle que tambien ha resucitado el sobrino, y que me devuelva los diez mil duros que le tengo prestados.)

ENR. Eh! oiga usted.

ESCENA XVII.

ENRIQUE, despues ANASTASIA, con manteles, platos, etc.

ENR. Qué le ha dado á este buen señor al oir mi verdadero nombre?...

ANAST. Me alegro de encontrar á usted, señorito Enrique. (Deja los manteles sobre la mesa.) Porque aunque tiene usted más *pedrominio* que yo, *semos toos* de antesala pa fuera. Aquí me hallao esta esquela abierta que debe ser de usted.

ENR. Mia? á ver. (Toma la carta, y mientras lee, Anastasia pone la mesa. Leyendo.) «Querida Eugenia: mi hermana te dará »esta noche en el teatro un paquete que contiene tu »correspondencia. Siento que me pidas unas cartas »que tan bien expresan el amor que me has profesado, »pero no turbaré tu felicidad conyugal.—Te quise »cuando eras libre, sé digna de tu nuevo estado.—Fe»derico.» (Hablado.) (El cielo ha puesto esta carta entre mis manos.—Con ella alcanzaré lo que quiera de la

mujer de don Pantaleon.)

ANAST. Era de usted, señorito?

ENR. Sí.

ANAST. Tengo yo mucho pesqui. (Se marcha.)

ESCENA XVIII.

ENRIQUE, LUISA, sale con platos de postres, que coloca sobre la mesa.

LUISA. Dígame usted, por Dios, lo que ha sucedido entre usted y el señor Pasodoble.—¿Le ha desafiado usted acaso?

ENR. El señor Pasodoble no es un hombre.

LUISA. Cómo!

ENR. Es una liebre.

LUISA. Por eso corre tanto.

ENR. Sí, Luisa mia. (Le besa la mano y habla bajo con ella.)

ESCENA XIX.

DICHOS, D. PANTALEON, con dos botellas, en la puerta del foro.

PANT. Besando la mano de mi hija!!—Miserable!... (Levanta una botella para tirársela á Enrique, pero se detiene.) No, se romperia.—Voy á buscar una cosa más sólida. (Desaparece.)

ESCENA XX.

ENRIQUE, LUISA, despues EUGENIA.

LUISA. Y dice usted que mi madre política intercederá por nosotros?

ENR. Tengo medios infalibles para conseguirlo.

LUISA. Qué dicha! Por fin nos casaremos.

ENR. Por fin, Luisa. (Besa con efusion su mano sin reparar en Eugenia, que entra.)

EUG. Caballero!

LUISA. Ay! (Huye asustada y entra por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XXI.

ENRIQUE, EUGENIA.

EUG. Qué hacia usted, caballero?

ENR. Decir é Luisa que la amo con todo mi corazon.

EUG. Sin el consentimiento de su padre!

ENR. Usted intercederá por nosotros.

EUG. Jamás.

ENR. Lo siento; pero Federico me habia hecho esperar que seria usted más generosa conmigo.

EUG. (Cielos!) Qué Federico?...

ENR. Aquel de marras...

EUG. Calle usted, en nombre del cielo.

ENR. (Ap. con viveza.) El que tiene su correspondencia de usted.—Lo sé todo...

EUG. Silencio, por Dios!

ENR. Y si yo divulgase...

EUG. Basta, será usted el esposo de Luisa.

ENR. Ah! señora, cómo podré yo pagar tanta bondad! (Se precipita á los piés de Eugenia y le besa la mano. En este momento entra D. Pantaleon con un baston enorme.)

ESCENA XXII.

DICHOS, D. PANTALEON.

PANT. Á los piés de mi mujer!!

ENR. Cuerno! (Levantándose de un salto.)

EUG. Pantaleon...

PANT. (Distribuyendo palos.) Infames!

EUG. Ay! socorro. (Eugenia y Enrique se encierran en la primera habitacion de la izquierda y cierran por dentro.)

ESCENA XXIII.

PANTALEON, DIEGO.

DIEGO. Te ando buscando por todas partes.

PANT. Abrid, miserables, ó derribo la puerta. (Golpeando la

puerta.)

DIEGO. Pero quién ha de abrir? ¿qué haces?

PANT. Enrique, Enrique estaba á los piés de mi mujer.

DIEGO. Y qué importa eso, si no piensa en ella.

PANT. Cómo! tú sabes...

DIEGO. Sé que ese jóven ha venido á destruir nuestros proyectos y á arrebarte la fortuna del ex-tendero de ultramarinos.

PANT. Qué quieres decir?

DIEGO. Que es el sobrino que huyó de Cádiz.

PANT. El que habia muerto!!

DIEGO. Sí.

PANT. Ah! Este golpe me costará la vida.—Sostenme, Diego. (Se deja caer sobre una silla.)

DIEGO. (Buscando asustado.) Agua... ¿en dónde hay agua?

PANT. (Con voz débil.) En ese cuarto... (Indicando la habitacion de la derecha.) hay una palangana con agua de jabon. (Diego entra en el cuarto indicado; vuelve á salir con una palangana que contendrá polvos de arroz ó harina.)

DIEGO. Refréscate las sienes.—(Le da la palangana.—Despues corre á la puerta de la izquierda y dice:) Abran ustedes, don Pantaleon se ha puesto malo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ENRIQUE, EUGENIA, LUISA.

Salen asidos unos detrás de otros con miedo. D. Diego se pone delante de ellos y todos se dirigen á D. Pantaleon, que permanece ensimismado por la palangana sobre las rodillas.

EUG. Estás malito? (Con dulzura.)

ENR. (Con mucha dulzura.) Quiere usted que vaya por unos sinapismos.

PANT. (Gritando.) No, infames, no. (Se levanta y arroja el contenido de la palangana sobre sus interlocutores, que no pudiendo huir caen unos sobre otros.)

TODOS. Ay!!

ENR. Caballero! Este agua de jabon de Mora tiene que enjugarse con sangre.

DIEGO. Sí señor, esta sangre tiene que lavarse con agua de jabon de Mora.

PANT. Estaba de mal humor.

ENR. Pues yo estoy ciego... de ira. (Limpiándose.)

DIEGO. Tambien yo estoy ciego... de jabon. (Limpiándose los ojos.)

EUG. Cálmense usted, señores.—Yo explicaré el *quid pro quo* que ha dado orígen al enfado de mi esposo. (Á Pantaleon.) Cuando has encontrado á Enrique á mis piés me estaba pidiendo la mano de Luisa.

PANT. Qué oigo! la mano de Luisa?

ENR. Sí señor.

PANT. Luégo la amas?

ENR. Con toda mi alma.

PANT. Y tú le correspondes? (Á Luisa.)

LUISA. Cómo negarlo?

PANT. Oh! nobles corazones. (Los abraza.) (Así no saldrá de casa la herencia del tendero.) Diego, siento mucho este contratiempo, pero el corazon de un padre y la... y lo...

DIEGO. (Haciendo una pirueta.) Comprendido. (Ap.) (Me pagarás?)

PANT. Sí. (Id.)

LUISA. De modo que consientes en nuestro enlace?

PANT. Sí, hija mia, serás la esposa del señor de Contreras.

ENR. Dispense usted, me llamo Tendido.

PANT. Qué oigo!! (Fingiré que me sorprendo.) Te llamas Enrique Tendido?

ENR. Sí señor.

PANT. Y eres sobrino del ex-comerciante de ultramarinos don Gaspar Tendido?

ENR. El mismo.

PANT. (Abrazándole con efusion.) Hijo de mi alma, pues si estaba yo deseando encontrarte para ponerte en posesion de los bienes de tu tio.

ENR. Cómo! (Sorprendido.)

PANT. (Enjugándose los ojos.) No sé cómo anunciarte que ha muerto de una indigestion de mantecadas de Astorga.

ENR. Pues dígamelo usted así valiéndose de un rodeo.

PANT. Desde hoy tomaré otro escribiente.

ENR. Y hará usted muy bien, porque mis espaldas pedian relevo. (Al público.)

Ya por fin se ha roto el yugo
que tanto me hizo sufrir:
he dejado de vivir
ENTRE UN MUERTO Y UN VERDUGO.
Si mi desdicha pasada
excitó tu hilaridad,
público, ten la bondad
de darnos una palmada.

FIN DE LA PIEZA.

3 0112 117479615

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almeriá	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Carboneres.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.